

¡Qué vivan los vagos!

Margaritainés Restrepo SantaMaría

Como locos. Buscan víctimas aquí y allá. Se esconden debajo de las camas o en el cajón del escaparate. Detrás de la cortina del baño y en la maleta del carro. En el bolsillo de la chaqueta de su hijo, en un sobre de manila, en las plantas del jardín, en el nudo de la corbata, tras ese árbol. Nos vigilan mientras despachamos un cliente, ayudamos a un compañero, visitamos un amigo, tomamos un café en la esquina del parque o compramos una libra de panela en la tienda.

Son ellos. Los temibles hombres grises... Secta misteriosa que tiene la misión de robarle el tiempo a la humanidad. Parientes del agente Número XYQ/384/b, miembro de la Caja de Ahorros del Tiempo. Agente. Personaje del libro Momo, de Michael Ende, encargado de lavarle el cerebro al barbero Fusi.

Y con su teoría de almacenar segundos para el futuro, los hombres grises embaucan a una ciudad entera. Menos a Momo, esa 'niña' especial de cien años. Nadie sabe qué sucede con las horas ahorradas. Estas desaparecen sin dejar huella. Y mientras tanto, la vida se vuelve insípida, uniforme, tediosa, impersonal. Pierde corazón, deja de ser vida.

Ahorre tiempo, unas dos horitas diarias, y sea un gran millonario de segundos, en el futuro. Dedíquelo una hora menos a su mamá, un cuarto de hora menos a su cliente, cinco minutos menos al tinto. Deje el hábito de leer diez minutos al día y de echar carreta, otros veinte, con sus amigos. ¿Música?: queda por fuera, si no es ambiental. Abolidos el cine y la contemplación del cielo y las montañas y cualquier intento de 'craneó' sobre su existencia. ¿Jugar con los

niños?. Nada de eso, póngalos a hacer algo útil, prepárelos para ser piñones de máquina. Converse sólo lo que se transforme en pesos y, ojalá, dólares. Imagine únicamente lo que signifique producción de bienes y servicios.

La fantasía de Momo dejó de serlo en el mundo nuestro. En la sociedad de las comidas rápidas y las jornadas continuas, del consumo y del desecho. Nos codeamos, a cada paso, con los hombres grises. Son de muchos tamaños y formas, se movilizan por tierra y aire, utilizan toda clase de argumentos para buscar ahorradores de tiempo. Gordos, flacos, o invisibles. Sutiles. A veces, se cubren con una capucha fabricada por normas de convivencia y parámetros de status.

Peligrosos... esos muchachos grises. Nos recuerdan, los códigos que han consagrado el vagar como delito o, mínimo, antesala del mismo. Nos recuerdan, también, los excesos en la interpretación de la frase aquella "la ociosidad es la madre de todos los vicios". Nos recuerdan que los conceptos vagar y perder el tiempo se convirtieron en camisas de fuerza. Vagar y perder el tiempo : todo lo que no pueda medirse en términos de producción.

Bueno. Y hoy, Día del Trabajo... ¡Abajo los hombres grises! ¡Qué vivan los 'vagos'!... Los que sacan tiempo para reír, cantar, conversar, llorar y mirar las estrellas. Los "Momos" que andan, por ahí, regados. Los que evitan el triunfo de los ladrones de tiempo. Los que impiden que los avisos "¡Peligro: hombres trabajando!", sean remplazadas por otros fatales: "¡Peligro: hombres pensando, hombres leyendo, hombres sonriendo, hombres amando, hombres viviendo!". Los que no dejan que nos muramos antes de tiempo.